

Recuerdos y un brindis por Augusto Céspedes

Hilaré tu memoria entre las gentes
Góngora

(Cuarta parte)

TRISTAN MAROF Y ROBERTO PRUDENCIO

Otra vez en el llano, en 1970 en mi departamento de la calle Montevideo, hacíamos reuniones con Oscar Bonifaz, Eduardo Quintanilla, Carlos Carrasco, mi primo Roberto Gumucio y mi hermano Bernardo, quien, en los últimos años muchas veces acompañó a Augusto hasta su casa en Los Pinos a medianoche, para evitar un atraco o algún vejamen. En ese tiempo invitábamos también a Roberto Prudencio y a Tristán Marof; pero sabiendo que los tres eran antitéticos. No podíamos mencionar al Chueco que la semana pasada había estado Marof ni a Roberto Prudencio que había estado el Chueco. Era tabú. Ellos hablaban horrores unos y de otros y a los jóvenes nos divertía mucho saber las opiniones de cada cual porque considerábamos que era interesantísimo poder todavía dialogar con gentes que habían ocupado el escenario boliviano durante décadas.

En los tiempos de "La Calle" Marof descargó un disparo de su pistola contra Carlos Montenegro, cuñado de Augusto y a quien éste profesaba inigualada admiración y afecto. A su muerte escribió un sentido

como ministro de Barrientos. Los tres, cada cual a su modo y en su estilo, eran a menos y encantadores, y si de algo me arrepiento ahora, es de no haber grabado esas conversaciones o más bien monólogos de nuestros invitados que eran verdaderamente magistrales. Marof y Prudencio murieron pobres (como la generalidad de los escritores y artistas bolivianos) y ahora están injustamente olvidados.

Esas tenidas prácticamente hasta el amanecer no terminaban en borracheras sino que el trago, en la noche fría pacaña, servía un poco para tenernos despiertos y abrigados.

UN VIAJE SIN ZAPATOS

En otras partes, he hecho valoraciones sobre los libros de Céspedes que sin duda ocupan un lugar fundamental en la literatura y la política boliviana del siglo XX y que han dado prestigio e identidad a nuestro país en el exterior.

Escribió un solo poema en su vida, es el que pronuncia la calavera de "Sangre de mestizos", fumando su cigarro en ese paisaje desolado, a tiempo de expresar sus pensamientos sobre el conflicto. Es una lástima que en Metal del Diablo figure Patiño con otro apellido. Pero en ese momento Augusto se hallaba exiliado en Buenos Aires y no podía hacer otra cosa. Incluso parece que recibió una oferta económica de Patiño si retiraba el libro. Hoy se han vencido muchas barreras y prejuicios. Incluso el lenguaje que empleó Augusto contiene algunos carajazos pero es pulcro. No es un lenguaje grosero. Su erotismo también fue el de los años 40 y 50, no el del destape que estamos viviendo ahora, sobre todo, con las mujeres escritoras, que son mucho más atrevidas en Bolivia que los varones. Todo corresponde a su época.

UNA SORDERA IRREMEDIABLE

Algo que se ha mencionado de pasada es su sordera, que lo atormentó por unos treinta años y que fue progresiva hasta hacerse absoluta. Cuando se desempeñaba como Director de "La Nación" en el primer gobierno de Siles Zuazo, Augusto inició una campaña contra ciertos elementos del partido, envueltos en actos de corrupción, entre ellos Rubén Julio, jerarca de Pando. Una noche después de concluir su trabajo periodístico, el Chueco fue con un par de amigos a una "boite" donde lo rodearon guardaespaldas de Julio, que le propinaron una golpiza. Uno de ellos con la cacheta de un revólver le dio un golpe contundente en la cabeza y esto, según pensaba Augusto provocó o aumentó el proceso de su sordera. Mi hermano Fernando en Caracas le obsequió en los años '70 un audifono que posiblemente no tenía la sofisticación de los aparatos actuales. En una feria de libros a la que nos invitaron a Frackfurt, gracias a los buenos oficios de Peter Lewi, recuerdo que Augusto se desesperaba por no poder seguir las deliberaciones y me explicaba que el audifono le servía bien cuando eran charlas individuales o en pequeños grupos, pero cuando se trataba de una asamblea absorbía el ruido general haciendo que todo fuera ininteligible. Después de 24 horas de avión en las que el Chueco se había quitado los zapatos, cuando llegamos a Alemania tenía hinchados los pies y no hubo modo de que volviera a calzarse. La solución que encontramos fue la de que bajara del avión solamente con los calcetines, enfrentándose así al estupefacto Comité de Recepción.

No se preocupen - nos dijo - ¡Gandhi llegó a Inglaterra envuelto en una sábana!

En esa oportunidad, en la misma reunión se encontraban Arciniegas, Arturo Usler Pietri, Manuel Puig entre otros varios y Juan Rulfo que resultó simpaticando con la delegación boliviana. Lo escoltaban dos despampanantes azafatas rubias de ojos azules, del servicio de recepción y un joven novelista mexicano. En la reunión había dos categorías, los maestros y el común. Un día, acompaña-

mos a Rulfo a que cambiara un cheque de cinco mil dólares para sus gastos menudos y el joven mexicano con sincera envidia nos contó que Pedro Páramo era, desde hacía años, texto oficial en las escuelas de México con tradas gigantes y que por eso él, al acostarse musitaba una sola plegaria: ¡Señor no me hagas inmortal, hazme texto oficial!. En un banquete que nos ofrecieron los organizadores de la feria, Eduardo Galeano gritó desde el otro lado del salón: ¡Maestro, maestro! dirigiéndose a Augusto, a quien abrazó y besó en las mejillas y en la frente. Alejo Céspedes capturó la escena en su cámara de cine.

Tanto como la visita habitual a los museos, le gustaba también conocer los zoológicos de cada ciudad. En el de Hamburgo se sorprendió de encontrar que un jumento de enorme cabeza se parecía muchísimo a un Presidente de la República de Bolivia y me pidió que lo fotografiara junto a él.

Si Borges, encerrado en una biblioteca y medio ciego confesó que no había vivido nunca, Céspedes pudo decir que había vivido varias vidas: Periodista desde muy joven, taquígrafo en el Congreso, (donde conoció a Franz Tamayo para hacerle años después un retrato psicológico, invaluable), combatiente en la guerra, conspirador, diputado, exiliado y embajador, para terminar otra vez de periodista, con la necesidad e incluso la pobreza rodándole de cerca hasta ensañarse con él en la senectud.

SUS ULTIMOS COMBATES

Aunque su mente permanecía lúcida, era evidente que Augusto Céspedes, con sus 94 años a cuestas, padecía varios achaques físicos, en tanto que sus contemporáneos habían partido o los pocos que se aferraban al hilo de la vida se hallaban ya ajenos a toda actividad. Era conocida en la prensa boliviana su capacidad para escribir un editorial en quince minutos. Demoraba un poco más en corregirlo a mano pero muchas veces no le cambiaba una coma, hasta el último día hizo de su columna dominical en "Última Hora" una trincherita en la que fustigaba con vigor inaudito a los nuevos mercaderes del templo. Era de admirar en esos artículos no sólo el coraje de un hombre enfrentado, sólo y con su pluma por toda arma, a la inmensa parafernalia propagandística de quienes, irónicamente a nombre del partido que él fundó y el que dio sustancia ideológica, entregaban las riquezas del país a las transnacionales y ejecutaban las políticas del neoliberalismo con las más rígidas ortodoxias.

Llegará el tiempo en que se reúnan en un volumen las columnas publicadas por Céspedes en "Última Hora", en los años recientes hasta el día mismo de su muerte pues sintiéndose próximo a partir escribió su artículo final dos días antes y cuya publicación coincidió con su deceso. Su estatura de polemista imbatido se agigantó precisamente en las últimas semanas como lo prueban sus columnas sobre la conmemoración de los 50 años de la muerte de Patiño, la respuesta al candidato vicepresidencial del MNR que lo dio por muerto prematuramente y su airada reacción al "Bonosol". Las tres columnas son sin duda antológicas. El Gobierno concedió el "Condor de los Andes" a un nieto de Patiño con el gracioso argumento de que la fundación que lleva el nombre del magnate presta ocasionalmente el Palacio Portales de Cochabamba para reuniones internacionales. Como respuesta Augusto (que increíblemente no recibió la codiciada presea), tituló: "Homenaje a 50 años de latrocinio".



Augusto Céspedes junto a Marcelo Quiroga Santa Cruz

homenaje que figura como prólogo en una de las innumerables ediciones de **Nacionalismo y Colonaje**. El chueco reprochaba a Marof haber pasado del trotskismo al servicio de Urrolagoitia como secretario privado. Roberto Prudencio había renunciado al MNR a raíz de los fusilamientos de noviembre de 1944, sin detenerse a preguntar si su partido era responsable o no. No lo era, ya que fue una decisión unilateral de los militares de RADEPA. Tal es el problema cuando se gobierna con militares: Ellos toman las decisiones que deben cargar los civiles. Paz Estenssoro tuvo el olfato político de pensar que aún siendo monstruosos esos crímenes, el MNR no podía sino aceptar su participación en bloque en el gobierno de Villarreal. Prudencio sufrió después la persecución del MNR y volvió al país

MARIANO BAPTISTA GUMUCIO
Escritor y diplomático boliviano.

(Continuará)

7
Patria